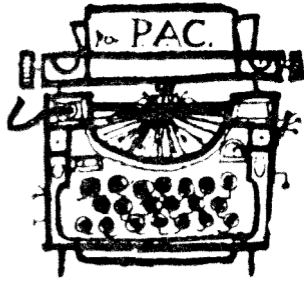


Los juegos del nicaragüense



Hoy se inaugura en México —después de una sangrienta competencia entre el Poder y la Juventud— la XIX Olimpiada Mundial. Hojeando en la Redacción de LA PRENSA periódicos y publicaciones sobre estos eventos, recorde unas frases de Róger Caillois comentando a Huizinga (el famoso autor de "Homo Ludens" sobre "el juego y la cultura"). Decía el escritor francés que si es verdad que el espíritu de juego es esencial a la cultura, no es menos cierto que, en el curso de la historia, los juegos se hacen con los residuos de la cultura. El niño que salta en la "Rayuela" revive —en juego— la aventura de los iniciados que tenían que abrirse paso entre las celdas del Laberinto en los antiquísimos ritos de la primitiva Europa. Los jugadores de fútbol o de basquetbol están persuadidos de que su triunfo es hacer pasar por el arco un balón de cuero. Pero el balón es el Sol de unas antiguas ceremonias sagradas degradadas luego a diversión. Junger observa la función del Rey en el juego de ajedrez, función —dice— que atestigua el origen oriental de este juego. Porque el Rey, aun sin poder es la única pieza irremplazable del tablero. El juego termina cuando hay mate al Rey. Así en los campos de batalla de Asia, la muerte del rey significa la derrota de todas las armas y un cambio completo del destino, mientras que en Occidente basta con reemplazar al rey muerto con su segundo o con su sucesor y la lucha sigue, decidiéndose por otros factores.

Si Caillois y Junger tienen razón en sus penetrantes observaciones ¿cuales son —pensaba yo— los residuos culturales que ha recogido el nicaragüense en sus juegos? Pero ¿es que tiene juegos PROPIOS el nicaragüense? Y, en aquellos juegos ajenos que ha incorporado a su vida ¿qué características, qué peculiaridades suyas ha impreso o por qué razón los ha hecho suyos?

Tenemos, sobre este último punto, el caso del béisbol. A nuestro lado, en la vecina Costa Rica predomina el fútbol como afición popular. Los dos son juegos extranjeros asimilados. ¿Por qué los nicaragüenses dieron preferencia al béisbol? El fútbol se juega más en España (Europa) y Suramérica. El béisbol es el gran juego yanqui. ¿Puede más en Costa Rica la influencia europea y suramericana? ¿Tiene más fuerza en nosotros (víctimas de una intervención), la influencia norteamericana? (Es interesante observar que las culturas indígenas de Costa Rica estaban vinculadas con el sur, en cambio nuestras culturas indígenas predominantes venían del Norte. ¿Persisten esas vinculaciones y tendencias como residuos culturales?). ¿O es que ha influido el clima y exige menos gasto de calorías el béisbol —más estático— que el agitado fútbol? O será que el fútbol es más un juego de equipo, mientras que en el béisbol puede destacarse más el juego personal, y nosotros somos más amigos de las individualidades fuertes (los jonroneros, los pícheres de brazo potente) que del esfuerzo solidario? ¿Habrá alguna relación entre nuestra política y el béisbol como la que nos señalaba Junger en el ajedrez? El tico juega su política con más sentido de equipo. Nosotros rendimos "culto a la personalidad" en el gran batazo o en el gran lanzamiento... o en el robo de bases?...

... Las interrogaciones son sugerentes pero no sería honesto darles una contestación improvisada. Las dejo planteadas para quienes deseen penetrar —con ciencia y paciencia— en estos apasionantes dominios del "homo ludens" nicaragüense.

Pero abordemos los otros puntos. ¿Tiene juegos propios el nicaragüense? Los cronistas describen algunos juegos muy originales propios de nuestras culturas indígenas. El juego de la pelota —por ejemplo— que nos llegó por influencia tolteca o maya: era una especie de basquetbol que consistía en impulsar —con los codos y con las caderas— una pelota de hule a través de un aro colocado en alto, lateralmente. No sabemos cómo se jugaba en Nicaragua. De este juego sólo nos quedó como resto y recuerdo la pelota de hule —la "burrucha"—, una bola loca, dura y tremendamente saltarina que todavía fue usada por nuestro pueblo, en los comienzos del béisbol. Otro juego, lleno de sentido religioso, era El Volador, minuciosamente descrito y dibujado por Oviedo: un altísimo mástil en cuya punta giraba un malacate horizontal con dos cuerdas. A la punta de cada una se amarraba un muchacho y, dando vueltas, cada vez más anchas, iban descendiendo a medida que se desenrollaban las cuerdas, mientras abajo, un coro de gente daba vueltas danzando y cantando en rueda. Era el juego religioso y ritual del cacao, que se perdió. Lo mismo el peligroso deporte del "Molinete": un subibaja que daba vueltas circulares con un hombre en cada punta. Otro juego indígena perdido —pero que subsistió hasta hace muy poco tiempo— es el de

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

"Las Cuepas": especie de "ladrillete" con monedas hechas de cera. Sólo nos queda un refrán como recuerdo: "Te conozco desde las cuepas".

Los juegos indios han desaparecido. A veces un niño campesino —como un lejano eco de un pasado perdido— hace sonar su "ron-ron" de semilla de zapote, o juega todavía la simplísima rayuela chorotega de los "chonetes". Quizás los residuos indígenas debieran rastrearse más bien en los juegos infantiles mestizos (aunque la mayor parte de ellos están también rápidamente desapareciendo) y allí mismo buscar las peculiaridades del nicaragüense comparando sus formas y modos de jugarlos con las de otros países. (1) Siempre me ha llamado la atención, por ejemplo, el lenguaje erótico, típico del despertar de la pubertad, que ha adquirido el juego del TROMPO en Nicaragua. Toda la mezcla de desfachatez y misterio que tiene el descubrimiento sexual para el muchacho nica brota mágicamente en este juego con su "mancha brava", su trompo "en cama", su "miado y al bote", sus "secos", etc.

Creo, sin embargo, que el juego más enraizado en el alma rural del nicaragüense, es el juego de toros; juego que ha producido su propia música y su propio ritual campesino. Evidenciando nuestro proceso histórico agrario y provinciano, nuestro juego de toros no evolucionó, como en los centros virreinales de América, a la par de España, hacia el toreo actual de capa y espada; antes bien se hizo más primitivo (casi regresó a los orígenes milenarios del toreo de Creta o de Tesalia) con sus suertes campistas de toro montado, de capeo con la chamarra o el pellón o el curtido, con su fálico y brutal bramadero (el poder cósmico del árbol), con su magia alcohólica, y el estilo de burla de todo el juego (muy nicaragüense) reemplazando o recubriendo lo dramático del encuentro entre el hombre y la fiera. El escenario de este juego nacional es la reproducción lúdica de la hacienda ganadera: la barrera es el corral, no el coso. E incluso aparece allí un signo sociológico de la clasificación campesina de patronos y peones, cuando vemos el tosco palco con techo de madera (la casa-hacienda) para el patrón, mientras la peonada mira sentada en las reglas del corral "a rejo pelado".

Todo el juego —desde su lucha primitiva y áspera por dominar y burlarse del toro— hasta la forma en que reúne a sus espectadores— es la metáfora de una cultura agraria detenida; sin desarrollo. Su revolución sigue atada al bramadero.

En la misma medida tenemos también en otros juegos la metáfora de nuestra vida jurídica. Me refiero a los juegos de azar que conocemos bajo el hipócrita nombre de "Juegos Prohibidos". Es doblemente interesante y perturbador el fenómeno: porque el azar es la gran tentación de aquellos pueblos que no tienen plena seguridad en el fruto o en el rendimiento de su trabajo. Nuestro Estado conoce perfectamente este atractivo, sin embargo, en vez de disminuirlo favoreciendo la seguridad laboral del pueblo, prohíbe los juegos, PERO —¡y aquí entra nuestra refinada perversión jurídica!— la prohibición no es para eliminarlos, sino para que el Estado (o sus paniaguados) entren en el juego. El Gobierno sustituye al Azar. En vez de significar la Ley, el Gobierno se convierte en la Suerte (o mala suerte), es decir, en esa fuerza ciega que arrebató al pobre sus salarios o sus ahorros en vez de protegérselos.

En otras palabras, con los Juegos Prohibidos lo que se juega es con la ley y lo que se enseña al pueblo —desde el Estado— es a convertir en juego lo prohibido...

PABLO ANTONIO CUADRA

(1)—Naturalmente que estos apuntes pudieran prolongarse estudiando muchos otros juegos. Recomiendo a mis lectores —y sobre todo al Magisterio Nacional— el libro de María Berrios Mayorga: "JUEGOS NICARAGUENSES", juegos que están desapareciendo y que hay que recuperar. El juego refleja la personalidad de un pueblo, pero también la forma. El primer paso para entrar a la Cultura se da jugando.